

**Formación**  
**Permanente**  
**2021**



**"Caminar humildemente con tu Dios"**  
**(Miq 6,8)**

**Salvados por un encuentro**



“CAMINAR HUMILDEMENTE CON TU DIOS” (MIQ 6,8)  
SALVADOS POR UN ENCUENTRO

### UNA CLAVE DE COMPRENSIÓN

El ser humano es fundamentalmente encuentro. La esencia humana está configurada por su apertura a los otros y al Otro. Como si se tratara de un tapiz, nuestra existencia se va constituyendo como una combinación de hilos diversos. Estos se tejen y se entretejen gracias a la destreza del artesano, formando un diseño único e irreplicable. Así, son muchas y muy diversas las personas que, de modo directo o indirecto, se entrecruzan en nuestras historias configurando la propia identidad.

Desde una visión creyente, es la providencia divina la que mueve esas hebras de modo amoroso y desconcertante. Somos quienes somos como resultado de todos aquellos que han entrado a formar parte de nuestra vida. La alteridad es un elemento tan esencial de nuestra condición, que todos nosotros somos el fruto del encuentro íntimo entre un varón y una mujer. Del mismo modo, la Historia de Salvación puede ser comprendida desde esta misma perspectiva.

El *camino* es una imagen recurrente y profundamente arraigada en la Escritura para remitir a la experiencia salvífica de Israel, pero esta senda está siempre acompañada. La *Torah*, nuestro Pentateuco, es el núcleo esencial de la Biblia Hebrea. Entre sus páginas se concentran la enseñanza y el sueño de YHWH para la humanidad a través de un pequeño pueblo. Los rasgos que en él se esbozan de Dios lo retratan empeñado en salir al encuentro del ser humano. De ahí que, cuando se pretende expresar el sueño divino originario, este se plantea en clave de relación. Esta comprensión relacional del plan divino para la humanidad se hace aún más evidente al comparar los relatos bíblicos de creación con los mitos mesopotámicos.

## 1. Un encuentro soñado...

El ser humano no es creado por un interés personal, como las divinidades del Antiguo Oriente Próximo<sup>1</sup>. YHWH planta un jardín en el que coloca a Adán para *cultivarlo y cuidarlo* (Gn 2,15). El pasaje bíblico no solo refleja así la gratuidad de la acción creadora de Dios, también se sugiere la necesidad de una relación armoniosa con la naturaleza, que será el escenario y la expresión del vínculo entre el Creador y la humanidad. Desde esta clave, las sequías y otros desastres naturales serán comprendidos como síntomas que evidencian un daño en la relación con la divinidad. El autor bíblico dibuja a YHWH paseando por el jardín a la hora de la brisa (cf. Gn 3,8). Se trata de un momento del día y un lugar privilegiado para el encuentro y la relación.

El texto bíblico constata desde el inicio la esencial alteridad del ser humano, pues el mismo Dios reconoce que “no es bueno que el hombre esté solo” (Gn 2,18). Hasta que Adán no es situado frente a la mujer, el narrador pone palabras en su boca, por más que se afirme que había puesto nombre a los animales (cf. Gn 2,20). Es entonces cuando exclama:

Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Esta será llamada mujer, porque del varón ha sido tomada (Gn 2,23)<sup>2</sup>.

En la mentalidad bíblica es esencial la capacidad humana para hablar. De algún modo, es aquello que nos asemeja a un Dios que se caracteriza por su capacidad de comunicación. Frente a los ídolos, que “tienen ojos y no ven” (Sal 115,5; 135,16), YHWH es aquel que crea y recrea la realidad a través de sus palabras (cf. Gn 1). Así, la creación del ser humano culmina precisamente en el momento en que él habla. Este breve versículo refleja una intuición más profunda de lo que podría parecer, pues, además de presentar la complementariedad entre varones y mujeres, delata la intrínseca condición relacional del ser humano.

Solo cuando nos vemos reflejados en los ojos de otra persona alcanzamos a saber quiénes somos. Es el encuentro con los demás lo que nos devuelve una identidad que no acabamos de conocer por nosotros mismos. Necesitamos ponernos ante los otros para descubrir nuestra verdad más profunda. Del mismo modo que un bebé necesita el contacto físico de quienes le rodean para reconocer dónde empieza y termina su cuerpo, también requerimos que los demás nos devuelvan nuestra propia imagen, mostrándonos aquellos aspectos que se escapan de nuestra mirada.

---

<sup>1</sup> El relato babilónico, por ejemplo, presenta la creación del ser humano como una respuesta impulsada por la revuelta de los dioses menores que servían a los mayores. La carga era tal que deciden crear seres mortales que lleven adelante esta tarea. Para acercarse al relato, J. Bottéro y S. N. Kramer, *Cuando los dioses hacían de hombres. Mitología mesopotámica*, Akal, Tres Cantos 2004, 544-554.

<sup>2</sup> La traducción castellana no permite evidenciar el juego de términos que emplea el hebreo, pues *mujer* y *varón* son palabras derivadas: *’iššāh* e *’iš*.

Esta necesidad presenta también un riesgo, pues ese reflejo que se nos devuelve nunca es plenamente fiel a la realidad. Somos espejos engañosos unos para otros, cóncavos o convexos, que muestran una imagen deformada por nuestras propias características. Nuestra subjetividad, nuestras heridas, nuestros criterios y nuestra forma de interpretar cuanto acontece se vuelcan en el retrato que le devolvemos al otro. Necesitamos que nos muestren quiénes somos, pero, a su vez, hemos de adquirir la lucidez precisa para discernir cuánta impureza hay en la imagen de mí que se me devuelve.

El sueño de Dios para la humanidad está marcado por la relación. Su proyecto salvífico lleva el sello de un vínculo armonioso con la creación, con el Creador y con los demás. Lo que rompe este proyecto divino es el pecado, que puede comprenderse como la raíz de toda discordia: querer ser quien no se es. La relación no difumina la diferencia de cada uno, sino que la integra como algo esencial que no puede ser usurpado. Quienes creemos en un Dios que es Trinidad, no debería chirriarnos que la máxima unidad no implique eliminación de las diferencias, por más que se nos despierten resistencias ante todo aquello que percibimos como diverso y, con demasiada frecuencia, como una amenaza.

## 2. ...Y frustrado

Esta resistencia a lo distinto queda patente en el relato de los orígenes. La creatura no puede ser el Creador, pero pretenderlo es el germen de una ruptura difícil de reparar (cf. Gn 3). Adán y Eva lanzándose reproches entre sí, Caín matando a Abel, los ciudadanos de Babel añorando una divinidad de la que carecen... Los relatos bíblicos del Génesis que siguen a esta ruptura primordial son la representación gráfica de cómo este es el origen de una sucesión de discordias, que se despliegan en un claro *in crescendo* hasta el inicio de los ciclos patriarcales (cf. Gn 3–11).

No resultan anodinas las primeras reacciones de Adán y Eva tras la trasgresión. En primer lugar, se reconocen desnudos y buscan el modo de cubrirse (cf. Gn 3,7). Este dato remite a un versículo anterior en el que se decía:

Estaban ambos desnudos, el hombre y su mujer, pero no se avergonzaban uno del otro (Gn 2,25).

Esta anotación del texto bíblico es mucho más simbólica de lo que podría parecer. Una mirada superficial nos haría interpretar simplemente una referencia a la falta de pudor o de vergüenza ante alguien del sexo contrario. Pero estar desnudo ante otra persona es algo mucho más profundo. Se trata de presentarnos en nuestra mayor fragilidad ante el otro, con la vulnerabilidad que implica carecer de cualquier tipo de protección que nos permita esconder nuestros límites.

Sabemos por experiencia que las personas más frágiles no son siempre aquellas que más lo parecen. Vamos desarrollando armaduras que nos protegen y esconden

aquello en lo que nos sentimos especialmente vulnerables. Las heridas solo se muestran en contextos de gran confianza y ante aquellos que nos hacen sentirnos seguros y acogidos en nuestra debilidad. Con este versículo se sugiere que la relación que Dios sueña para los seres humanos implica acogernos unos a otros en nuestra fragilidad esencial sin necesidad de ninguna protección.

La segunda reacción tras comer del fruto prohibido es percibir a YHWH como una amenaza. Cuando le escuchan paseando por el jardín, el miedo los lleva a esconderse de su presencia (cf. Gn 3,8). Si la ruptura primordial de la relación pasa por no aceptar la diferencia entre Creador y creatura, la consecuencia más inmediata se trasluce en el modo en que se percibe lo diverso. Las relaciones que son salvíficas se edifican desde el reconocimiento mutuo, pero no desde la homogeneidad que ve lo distinto como una amenaza o un riesgo. Si a Adán y a Eva este miedo los llevó a esconderse ante el paso de Dios, ¿a qué dinámicas nos puede impulsar a nosotros el temor ante lo desconocido o lo diverso?

Retomando lo dicho hasta ahora, el sueño divino se plantea en clave relacional. En los primeros capítulos del Génesis el proyecto de YHWH se comprende como una relación de afecto y gratuidad, que reconoce la peculiaridad de cada una de las partes implicadas, sin difuminar ni temer sus necesarias diferencias que configuran la identidad de cada uno. Además, se trata de una relación que genera espacios de confianza y un lugar propicio para mostrar nuestra vulnerabilidad esencial. El otro no es percibido como una amenaza, sino desde la confianza de que las heridas no requieren ser protegidas ante los demás.

### **3. Una historia de encuentros y desencuentros**

La incapacidad humana para aceptar su condición creatural genera una sucesión de rupturas que dan al traste con el proyecto original. Ante esto, el relato bíblico sugiere un cambio de estrategia: la elección de un pequeño pueblo que sirva de mediación para esa armonía universal que Dios anhela. Israel, escogido como mediación divina, se ve impelido a recorrer una senda preñada de un intenso valor simbólico. El viaje, que se inicia con la liberación de Egipto y culmina con la entrada en la tierra prometida, se transita acompañados por una comunidad y por aquel que libera, guía y acompaña. Así, el éxodo se convierte en el paradigma de cualquier proceso creyente, de modo que toda la historia de salvación, universal y personal, puede percibirse también como un camino acompañado y regado de encuentros.

Un elemento tan relevante para la teología bíblica como la *Alianza* ha de ser entendido precisamente desde esta perspectiva relacional. Aunque es habitual relacionar la Alianza con determinados momentos puntuales de la historia de la salvación, esto no deja de resultar reductor. Sucede algo similar en el ámbito antropológico. La boda de una pareja resulta una situación relevante que concreta

y formaliza el vínculo que los une, pero resultaría muy pobre percibir que la totalidad de la relación entre ambas personas se reduce a ese gesto, por más que resulte especialmente significativo e importante.

Del mismo modo, la Alianza entre YHWH y la humanidad a través de un pueblo concreto no puede limitarse a juramentos solemnes con Noé, Abrahán o Moisés (cf. Gn 9,8-11; 15,18-20; Ex 19,3-6). Sin pretender minusvalorar su importancia, estos pasajes retratan y expresan formalmente una relación que desborda con mucho esas acciones concretas. Así sucede también en el Nuevo Testamento. El gesto de Jesús al compartir su sangre como Alianza derramada por muchos (cf. Mc 14,24) condensa y concentra una existencia entregada por amor. Por eso, para comprender la densidad de este gesto, es necesario situarlo en el contexto del conjunto de su vida.

La Alianza, en cuanto relación, vertebra toda la historia de la salvación. Desde esta perspectiva es necesario atender también al concepto de justicia que se maneja en la Escritura. Cuando se habla de justicia, no se refiere a dar a cada uno según se merece o de repartir de manera equitativa. Se trata, más bien, de otro término relacional. Hay justicia cuando la relación que se establece entre las personas está “ajustada” a la condición y verdad de cada una de las partes. La ruptura primigenia que relata el capítulo tercero del Génesis retrata, desde estos parámetros, un acto de injusticia, dado que la acción del ser humano no acepta ni su condición de criatura ni el carácter creador de Dios.

Cuando nuestro comportamiento, para con los demás, para con Dios o para con nosotros mismos, no respeta la peculiaridad de las partes implicadas, este resulta injusto. Si no tratamos al Señor como Creador, a los otros como hermanos y a nosotros mismos como personas dignas, no estamos manteniendo la relación ajustada a la que somos llamados y la justicia se rompe. Las abundantes denuncias de los profetas se enmarcan en esta percepción relacional. La pretensión de sus oráculos más duros no es otra que restablecer los vínculos que se habían roto y, por tanto, también la justicia que había sido dañada por un actuar inapropiado.

Una mirada panorámica a la historia de salvación nos permite comprender esta como una sucesión de encuentros y desencuentros, de rupturas de la Alianza y restablecimiento de esta. En medio de esta repetitiva secuencia de injusticias que abren fracturas en la relación con Dios, permanece como banda sonora la constante disposición divina a restañarlas y acortar la distancia con el ser humano. Si bien requiere un reconocimiento por parte del pueblo de la injusticia cometida, el perdón resulta siempre una acción gratuita y desproporcional. Así se evidencia en este pasaje de Oseas:

Vuelve, Israel, a YHWH tu Dios, pues has tropezado por tus culpas. Tomad con vosotros palabras, y volved a YHWH. Decidle: “Quita toda culpa; toma lo que es bueno; y en vez de novillos te ofreceremos nuestros labios. Asiria no nos salvará, no montaremos ya

a caballo, y no diremos más 'Dios nuestro' a la obra de nuestras manos, oh tú, en quien halla compasión el huérfano". "Yo sanaré su infidelidad, los amaré graciosamente; pues mi cólera se ha apartado de él, seré como rocío para Israel; él florecerá como el lirio, y hundirá sus raíces como el Líbano (Os 14,2-6).

La acción que se le reclama a Israel es *volver*. El verbo *shûb* adquiere el sentido de regresar, volver, girar o convertirse. El movimiento de regreso supone reducir la distancia que separa a YHWH de su pueblo e implica retractarse de la injusticia cometida. Esto queda reflejado en la sugerencia de confesión que el profeta propone. El reconocimiento de que no habrá realidades que usurpen a Dios el puesto que solo le corresponde a él delata uno de los motivos por los que la relación ha quedado dañada. Nada construido por el ser humano puede pretender sustituir a la divinidad y solo el Señor es el Salvador y no un imperio como Asiria, por más poderoso que este parezca.

Pero, por más que la sincera confesión de Israel revele su deseo de acercarse y restañar el vínculo que le une a YHWH, el perdón es un regalo que Dios ofrece de modo gratuito y sin merecimiento. Su fidelidad y el empeño divino por salir al encuentro es lo que le lleva al perdón y a restaurar una relación ajustada. Tanto el encuentro como el reencuentro resultan salvíficos y dadores de vida, esa misma vida que se degrada y se pierde cuando la justicia no acompaña los vínculos que nos unen con los demás, con nosotros y con Dios.

Dios insiste en hacerse el encontradizo en el camino de la vida. Lo hizo con Israel a lo largo de la historia de salvación y lo hace con cada uno de nosotros, si somos capaces de lanzar una mirada creyente a nuestra existencia. El culmen de este empeño se produce en la Encarnación. El Hijo se acerca, se abaja y se adentra en la historia humana con la pretensión de caminar a nuestro lado y acercarnos a ese sueño divino de armonía entre nosotros, con la creación y con la Trinidad. Como constata cada rincón de los evangelios, la salvación y el encuentro con Jesucristo son realidades que van de la mano.

No siempre tenemos la perspectiva suficiente como para percatarnos de que hemos sido encontrados por Dios. Nos sucede lo mismo que a Moisés, que, cuando deseaba ver a YHWH, solo se le permite ver su espalda (cf. Ex 33,18-22). Al Señor lo descubrimos "de espaldas", a "toro pasado", cuando el tiempo y la situación vital nos ofrecen la distancia necesaria para tener perspectiva y reconocer que lo vivido ha sido lugar de encuentro con él, por más que no hayamos sido capaces de descubrir su presencia salvífica. Como les sucedió a aquellos discípulos que caminaban hacia Emaús, tampoco nosotros podemos reconocerle cuando se encuentra con nosotros y solo después advertimos que nuestro corazón ardía ante él y sus palabras (cf. Lc 24,13-32).



Si la historia de salvación es, en realidad, una historia de encuentros, ¿podremos afirmar que los encuentros salvan? ¿Siempre o requieren ciertas condiciones? De esto nos ocuparemos en el próximo apartado.

## ¿QUÉ ENCUENTROS SALVAN?

Los encuentros no son salvíficos *per se*. Para que estos resulten oportunidades de sanación y de recreación requieren ciertas condiciones. Necesitamos una disposición interior capaz de acoger el potencial que tiene el encuentro personal, con los demás y con Dios. Para ello, la Escritura nos puede ofrecer claves capaces de iluminar esa necesaria actitud. Aunque para ganar claridad vayamos desarrollándolas de modo ordenado, estas se entrelazan entre sí de manera que, como las cerezas, resulta difícil entenderlas separadas unas de las otras.

### 1. Mantenerse a la expectativa

Puede parecer una perogrullada, pero no hay posibilidad de encuentro si este no se propicia. Si somos honestos con nosotros mismos, tendremos que reconocer que nuestras convicciones y nuestra existencia no siempre caminan de la mano. Podemos albergar la certeza de la capacidad salvífica que esconde un encuentro y, aun así, levantar muros y huir de ellos. Estas resistencias, con frecuencia inconscientes, ostentan una gran fuerza con la que no siempre contamos. El vértigo que nos produce la amenaza de cualquier cambio y el miedo que genera lo que nos resulta nuevo se alían para oponerse a dejarnos afectar por otros, incluso por Dios.

Había precisamente en su sinagoga un hombre poseído por un espíritu inmundo, que se puso a gritar: “¿Qué tenemos nosotros contigo, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? Sé quién eres tú: el Santo de Dios”. Jesús, entonces, le conminó diciendo: “Cállate y sal de él” (Mc 1,23-25).

Todos nosotros, con más o con menos intensidad, albergamos un “endemoniado” en nuestro interior que reacciona violentamente ante el riesgo que implica que el Señor, al salir a nuestro encuentro, desordene nuestra historia y nos desmantele nuestros espacios de ficticia seguridad. Por más que sea doloroso escuchar sus hirientes interrogantes, Jesús solo puede acallar sus gritos cuando reconocemos su existencia y le permitimos expresar el miedo profundo que se esconde en ellos.

Las relaciones, si bien no dependen solo de nosotros, requieren de una disposición que las faciliten. Es necesario salir al encuentro, lo que no siempre resulta una acción tan dinámica como podría parecer. A veces requiere tomar la iniciativa, salir del propio ámbito de comodidad y acercarnos al otro. Otras muchas veces supone, más bien, acoger a quien se acerca. Esta última es la actitud que refleja Abrahán en este pasaje:

Apareciósele YHWH en la encina de Mambré estando él sentado a la puerta de su tienda en lo más caluroso del día. Levantó los ojos y he aquí que había tres individuos

parados a su vera. Como los vio, acudió desde la puerta de la tienda a recibirlos, y se postró en tierra, y dijo: “Señor mío, si te he caído en gracia, no pases de largo cerca de tu servidor” (Gn 18,1-3).

Este pasaje encierra algunas incoherencias textuales. Aunque el narrador deja claro desde el inicio que se trata de YHWH quien se presenta ante el patriarca, después se menciona a tres individuos y, más adelante, Abrahán se dirige en singular a esos visitantes. Es probable que estas inconsistencias evidencien una evolución en cómo se ha interpretado la tradición que subyace, de modo que se fue comprendiendo en clave teofánica. Así lo retomará sutilmente el escrito a los Hebreos:

No os olvidéis de la hospitalidad; gracias a ella hospedaron algunos, sin saberlo, a ángeles (Heb 13,2).

La hospitalidad es una virtud necesaria entre las tribus nómadas. En lugares inhóspitos, salvar la vida depende muchas veces de ser acogido por los demás y entrar en el círculo de protección de una caravana ajena<sup>3</sup>. En el Antiguo Oriente Próximo la supervivencia podría depender de ese asilo ofrecido por otros. La percepción de que la misma divinidad puede salirte al encuentro sin que lo sepas encaja muy bien en este contexto cultural del que Israel participa. La hospitalidad, por tanto, se puede transformar en teofanía, como le sucede a Abrahán y es recordado en el Nuevo Testamento.

Quienes vivimos en lugares cálidos sabemos que lo más sensato es sentarse en la puerta de casa cuando el día va de caída y el calor deja de apretar. En cambio, el texto bíblico nos describe a Abrahán ante su tienda precisamente en el momento en que las temperaturas son más altas. ¿Qué razón podría tener el patriarca para ello? No es difícil que este gesto pretenda ilustrar su disposición profunda para el encuentro. Él ya había salido de su tierra, de su espacio conocido y de su lugar de confort, tras escuchar a YHWH (cf. Gn 12). Sabía cómo los encuentros son capaces de darle la vuelta a tu vida. ¿Por qué no estar atento a los que pudieran surgir?

No es difícil permanecer distraídos de la propia existencia. Siguiendo con la imagen que nos ofrece el pasaje bíblico, es fácil quedarnos en el interior de nuestra tienda, protegidos de las inclemencias del tiempo y aislados de cualquier visita que pudiera turbarnos. Pero soportar el calor del día y abrazar las oportunidades de encuentro que se puedan ofrecer tiene su recompensa. Como bien sabemos, tras la acogida en el Mambré de estos misteriosos visitantes, Sara y Abrahán reciben el anuncio del nacimiento cercano de Isaac. Quizá no haya una expresión más gráfica que esta de la vida que se genera a partir de los encuentros.

<sup>3</sup> Según parece, lo habitual entre los pueblos nómadas era situar las tiendas en círculo, formando un espacio de protección para quienes viajaban juntos. La segunda parte del Sal 23 recurre a este imaginario de la hospitalidad. Cf. L. Alonso Schökel, *Treinta Salmos: poesía y oración*, Cristiandad, Madrid 1981, 115-116.

“La vida es lo que sucede mientras estás ocupado haciendo otros planes”. Esta frase de John Lennon concentra una verdad esencial. Necesitamos cierto estado de alerta ante la realidad para poder convertir en encuentros salvíficos las ocasiones que se van presentando. Abrir el corazón a otros y a Otro requiere estar dispuesto a acoger los posibles encuentros y mantenerse expectante para no dejar pasar las ocasiones que se nos van regalando para ello. Nosotros, como el patriarca, también podemos mantenernos a la puerta de nuestra existencia, atentos a cuanto sucede alrededor, para no perder la oportunidad de dejarnos visitar por quienes se acercan.

## 2. Acogida desde la fragilidad

Decíamos al inicio que, según el texto del Génesis, la ruptura del sueño divino tiene como consecuencia que Adán y Eva dejan de permanecer desnudos uno junto al otro sin temor. Esta imagen evidencia cómo hay una estrecha relación entre el desencuentro y la necesidad de protegerse. Según el relato bíblico, la necesidad de esconder nuestra esencial vulnerabilidad ante los demás es fruto del pecado. En cambio, los encuentros serán salvíficos si estos se producen desde y en la fragilidad.

Venimos a este mundo en absoluta precariedad y nos convencemos de que crecer y madurar supone ir haciéndonos autosuficientes. La paradoja es que la autonomía personal que somos invitados a alcanzar no está reñida con la sana interdependencia, que nos lleva a establecer vínculos y a generar redes. Quienes no son conscientes de sus debilidades tampoco reconocerán las posibles aportaciones de los demás. Traducido al ámbito creyente, podríamos decir que solo acogerá la salvación quien sea consciente de su necesidad de ser salvado. Muchos de los relatos evangélicos ilustran esta verdad profunda.

Las resistencias que Jesús despierta entre quienes se consideran “judíos de bien” son proporcionales a la cercanía que el Nazareno establece con aquellos que son mal vistos en ese contexto social. Los textos se multiplican, pero sirva este a modo de ejemplo:

Y sucedió que estando él a la mesa en casa de Leví, muchos publicanos y pecadores estaban a la mesa con Jesús y sus discípulos, pues eran muchos los que le seguían. Al ver los escribas de los fariseos que comía con los pecadores y publicanos, decían a los discípulos: “¿Qué? ¿Es que come con los publicanos y pecadores?”. Al oír esto Jesús, les dice: “No necesitan médico los que están fuertes, sino os que están mal; no he venido a llamar a justos, sino a pecadores (Mc 2,15-17).

Nuestras vivencias familiares y comunitarias nos permiten experimentar en primera persona cómo las comidas y sus sobremesas son mucho más que un mero ingerir alimentos. En torno a la mesa se gestan vínculos y se establecen relaciones. Esto es muy evidente en los evangelios, hasta el punto de que algunos autores han afirmado sin reparo que a Jesús lo crucificaron porque comía con cualquiera. No respetó las normas sociales ni los criterios que imponía juntarse solo con quienes cumplían con ciertos parámetros morales y religiosos, lo que generó el rechazo de

los bienpensantes del momento. El texto evidencia la dificultad para aceptar este modo de actuar de quienes se consideraban superiores a los comensales del Nazareno.

Quienes tuvieron mayor dificultad para acoger la novedad del Reino y al mismo Jesucristo fueron aquellos que se sentían fuertes en su vivencia creyente. Cumplidores de las leyes y preocupados por lo religioso, no pudieron comprender la actitud del Maestro. La satisfacción inconfesable que se siente al cumplir con “lo que hay que hacer” puede convertirse en una barrera para el encuentro sincero. Creerse “sano” es lo que incapacitó a estas personas para acoger al Médico y a quienes le seguían. Eso mismo nos puede suceder a nosotros. Somos “buena gente”, nos ocupa y nos preocupa lo religioso, pero eso se puede transformar en una tapadera que nos haga olvidar la fragilidad esencial que somos. La sutil tentación de sentirnos fuertes, capaces y básicamente coherentes, enmascara, en realidad, nuestra debilidad, nuestra incapacidad y nuestras pequeñas o grandes incoherencias.

Creerse merecedores del amor divino y percibir el propio comportamiento como una garantía ante Dios serán lo que abra un abismo entre los fariseos y Jesús. En cambio, aquellas personas que tienen tomada la medida de su mediocridad y su miseria son capaces de acoger la iniciativa de encuentro que trae Jesucristo. De ahí que los publicanos y las prostitutas tengan una facilidad mayor para entrar en el Reino antes que los judíos más piadosos (cf. Mt 21,31).

Los encuentros se producen desde la carencia, pero, a la vez, solo serán verdaderos si vamos aprendiendo a valorarlos en sí, más allá del hueco que estos pretendan cubrir. El ser humano es constante proceso, también en este permanente crecimiento en el arte de establecer lazos. Vamos adquiriendo destreza a la hora de conjugar el verbo *amar* en la medida en que pasamos del “te quiero, porque te necesito” al “te necesito, porque te quiero”. Eso sí, solo conseguiremos aprobar con nota en este examen final de la existencia en la medida en que vayamos acogiendo el don de ponernos detrás, de situarnos en un segundo plano con tal de buscar lo mejor también para aquellas personas por las que no somos aceptadas ni queridas. Así hizo aquel que se puso a los pies de todos y nos animó a amar como él lo hace (cf. Jn 13,2-15).

Ya hemos planteado cómo la justicia en la Biblia es una cuestión relacional. Así lo afirma también Jesús en esta parábola:

Dos hombres subieron al templo a orar; uno fariseo, otro publicano. El fariseo, de pie, oraba en su interior de esta manera: “¡Oh Dios! Te doy gracias porque no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros, ni tampoco como este publicano. Ayuno dos veces por semana, doy el diezmo de todas mis ganancias”. En cambio, el publicano, manteniéndose a distancia, no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: “¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!”. Os digo que este bajó a su casa justificado y aquel no (Lc 18,10-14a).

Lo que le incapacita al fariseo para restablecer la relación con Dios, que es lo que significa “ser justificado”, es su convicción de dar la talla ante él. Incapaz de reconocer la fragilidad que le constituye, sus buenas obras le devuelven la falsa seguridad de poder mantenerse en pie ante el Señor. La ceguera de no reconocerse tan mediocre como cualquier otro le sitúa por encima de los demás y desde el merecimiento ante Dios. Esta actitud le imposibilita acoger el don del encuentro y, por eso mismo, no regresa justificado a su casa. No es lo que sucede, en cambio, con el publicano, que es consciente de su verdad esencial y se abre desde ahí a la relación con el Señor.

Conservar ante los demás las armaduras que esconden nuestra vulnerabilidad resulta agotador y nos mantiene siempre en pie de guerra, defendiéndonos de ataques imaginarios a nuestras zonas más frágiles. En cambio, cuando nos reconciliamos con nuestra debilidad y nos atrevemos a bajar las defensas, podemos reconocer en los demás otros seres tan frágiles y vulnerables como nosotros. Así nos abrimos a experimentar a un Dios que se define como misericordioso (cf. Ex 34,6-7) precisamente porque guarda en su corazón las miserias ajenas. De hecho, solo cuando topamos con nuestra impotencia más radical hacemos experiencia de abrazo inmerecido, de encuentro gratuito y de una fuerza divina que se hace evidente en la debilidad (cf. 2Cor 12,9).

### **3. Capacidad de asombro**

Podemos descubrirnos afirmando que, con los años, “se nos va retorciendo el colmillo”. Esta expresión no solo remite al valor de la experiencia, sino también a la ingenuidad perdida con el tiempo y, con frecuencia, a cierto escepticismo capaz de instalarse en nosotros. Con la edad es posible que hagamos nuestra la actitud del sabio Qohelet, y repitamos en nuestro interior, a modo de mantra, que “no hay nada nuevo bajo el sol” (Ecl 1,9). Esta actitud puede ser problemática, especialmente cuando nos incapacita para acoger la novedad que siempre conlleva el encuentro con Dios y con los demás.

A medida que se van adquiriendo vivencias, estas nos permiten manejarnos con algo más de soltura por la existencia, pero también se corre el riesgo de convertir nuestras experiencias en un corsé rígido que nos incapacite para el asombro y la novedad. Es lo que les sucedía a los mismos compatriotas de Jesús. Aquellos vecinos de Nazaret, que le habían conocido desde niño y que frecuentaban a sus familiares, son los más reacios a aceptar al Maestro. Se resisten a cambiar la imagen que se habían hecho de ese joven que había salido de la aldea y ahora anunciaba el Reino. Esta actitud impide que él haga ahí ningún milagro (cf. Mc 6,2-6).

Si ningún profeta es rechazado más que en su tierra es, precisamente, porque ahí es donde creen conocerle mejor y donde es más difícil abrir un resquicio a la

novedad y al asombro que esta provoca. Somos invitados, más bien, a la actitud que dibuja Mateo y con la que el evangelista podría estar describiéndose a sí mismo:

Todo escriba que se ha hecho discípulo del Reino de los Cielos es semejante al dueño de una casa que saca de su arca cosas nuevas y cosas viejas (Mt 13,52).

El Reino siempre trae una novedad desconcertante que nos saca de nuestros viejos presupuesto y de nuestra antigua concepción de la realidad. Lo sabio es ser capaz, como el escriba de este versículo, de discernir qué es lo antiguo y valioso y qué lo necesitado de renovación al impulso del Espíritu. La tentación, en cambio, es renunciar a lo nuevo por la seguridad que nos ofrece lo conocido, como se sugiere también en el evangelio:

Nadie, después de beber el vino añejo, quiere el nuevo, porque dice: “El añejo es el bueno” (Lc 5,39).

Este versículo pone palabra a una experiencia que todos hemos compartido. Detrás de frases tan escuchadas en nuestras comunidades, como “siempre se ha hecho así”, late la dificultad con la que abordamos el cambio. No hay discernimiento posible entre qué dejar dentro o fuera del “arca” de nuestra existencia si no nos atrevemos a degustar y paladear la novedad que se nos ofrece. La experiencia vivida, como plantea el DeuteroIsaías, tiene que convertirse en lanzadera para reconocer la acción renovadora de Dios en el ahora y no en resistencia que nos incapacite para ello:

¿No os acordáis de lo pasado, ni caéis en la cuenta de lo antiguo? Pues bien, he aquí que yo lo renuevo: ya está en marcha, ¿no lo reconocéis? Sí, pongo en el desierto un camino, ríos en el páramo (Is 43,18-19).

El recuerdo de la liberación experimentada en Egipto se convierte en la posibilidad de reconocer la acción salvífica que YHWH está realizando al sacar a Israel de Babilonia. Lo nuevo se sostiene sobre lo antiguo, que le ofrece el marco necesario para poder interpretar cuanto acontece. Del mismo modo, también nosotros podemos convertir las vivencias pasadas, si no nos dejamos atar por ellas, en posibilidad de abrirnos a los cambios. Necesitamos recuperar la capacidad de asombro, especialmente la novedad que se genera en los encuentros.

Cuando nos relacionamos con los otros y con Dios desde lo que ya sabemos de ellos, desde las experiencias pasadas o desde la idea que nos hemos construido, es muy fácil que acabemos impidiéndoles ser quienes realmente son. Esto es especialmente complejo en la relación con Dios, ya que, si los demás pueden quejarse y resistirse con sus gestos a ser amoldados a nuestras expectativas, resulta mucho más sencillo domesticar al Señor. De esta forma, nuestra percepción de él se acopla a nuestra ideología y no nos rompe los esquemas o preconcepciones. Es así como las resistencias al encuentro, de las que venimos hablando, pueden acabar tomando el control.

La vivencia de Elías nos puede iluminar, pues el profeta también tuvo que dejarse asombrar. Se abrió a un encuentro con YHWH que le rompió los esquemas, tanto en su forma como en su contenido. Aquel que se consideraba “ardiendo en celo” por el Señor (cf. 1Re 19,10.14), tiene que hacer una peregrinación, más interior que exterior, para dejarse encontrar por él (cf. 1Re 19,1-8). La teofanía se produce en el Horeb, replicando aquella que Moisés experimentó en el Sinaí, pero todo es distinto. Los fenómenos meteorológicos que acompañaron la revelación en el Éxodo (cf. Ex 19,16-19) ahora solo evidencian que Dios no se encuentra en ellos sino, más bien, en una brisa suave (cf. 1Re 19,11-12). A lo asombroso que resulta esta forma de encuentro se le une un mensaje que rompe las expectativas del profeta.

En dos ocasiones Elías responde a YHWH afirmando lo siguiente:

Ardo en celo por YHWH, Dios Sebaot, porque los israelitas han abandonado tu alianza, han derribado tus altares y han pasado a espada a tus profetas; quedo yo solo y buscan mi vida para quitármela (1Re 19,10.14).

El profeta se considera el último garante de la fe verdadera y espera una acción divina que ratifique esta convicción, protegiéndole de la amenaza que recae sobre él. Pero no solo experimenta la presencia de YHWH a través de mediaciones nuevas, sino que también recibe una misión muy distinta de aquella que le cabía esperar. Dios le pide tomar ciertas medidas políticas y buscar un profeta que le sustituya. El “celoso” recibe el finiquito por parte del Señor, algo que no deja de ser sorprendente para quien se creía el único fiel. Dios también va a corregir a Elías esta convicción:

Pero me reservaré siete mil en Israel: todas las rodillas que no se doblaron ante Baal, y todas las bocas que no le besaron (1Re 19,18).

Sabemos el valor simbólico que tienen los números en la Escritura. Mencionar que siete mil israelitas habían permanecido fieles no es solo desbaratar la convicción de Elías de ser el último garante, también implica afirmar la abundancia de personas que conservan la alianza, el vínculo con YHWH.

Para que un encuentro resulte salvífico, hemos de impedir que lo conocido se convierta en una telaraña que nos impida asombrarnos ante la realidad y acoger la novedad que generan las relaciones. Pero, junto al asombro, se nos plantea la tarea de abrimos al cambio.

#### **4. Abiertos al cambio**

Si el asombro tiene que ver con el reconocimiento de aquello que nos resulta nuevo y que, de algún modo, no se deriva con naturalidad de cuanto ya habíamos experimentado, esto suele generar un cambio en nosotros. Digo “suele”, porque requiere una disposición interna que no es tan sencilla en la práctica.

Rescatar el asombro ya implica cierta apertura al cambio. Liberar a los demás de nuestras etiquetas y prejuicios, positivo o negativos, ya supone abrirnos a que sus palabras, gestos y reacciones transformen esa idea previa que teníamos de ellos. Lo mismo nos sucede con la experiencia creyente cuando aquellas teorías que podíamos conocer sobre nuestro Dios se convierten en intuiciones experienciales. Algo nos cambia por dentro cuando las ideas teológicas aprendidas empiezan a tener eco en nuestra vivencia, por más que apenas alcancemos a saborear algo de quién es él y quién quiere ser para cada uno. Si el ser humano es un misterio en sí mismo, ¡cuánto más el Misterio divino! Pretender quedarnos permanentemente en una única imagen de él o de los demás es renunciar a transitar el camino que somos invitados a recorrer.

El ser humano es esencialmente proceso. No estamos nunca hechos del todo y, en esta constante evolución, las relaciones que establecemos con los demás, incluido Dios, pueden ser los mayores motores de transformación. La paradoja es que, aun estando siempre en construcción, nos incomoda tener que abandonar el ámbito que controlamos y donde nos sentimos cómodos. Como bien expresa la sabiduría popular, acabamos convenciéndonos de que es mejor “lo malo conocido que lo bueno por conocer”. La incertidumbre que nos genera la distancia entre el punto de salida y el lugar de llegada cuestiona la totalidad del viaje. Es algo parecido a lo que les sucedió a los mismos israelitas en el desierto:

Los israelitas les decían: “¡Ojalá hubiéramos muerto a manos de YHWH en la tierra de Egipto cuando nos sentábamos junto a las ollas de carne, cuando comíamos pan hasta hartarnos! Vosotros nos habéis traído a este desierto para matar de hambre a toda esta asamblea” (Ex 16,3).

Por más positivo que resulte el paso de la esclavitud a la libertad, todo cambio implica un nivel de incertidumbre que desestabiliza y que, si se une a las dificultades que supone cualquier evolución, puede hacernos idealizar el pasado, olvidando y desdibujando lo negativo que le rodeaba.

Como dice el refrán, “no se puede nadar y guardar la ropa”. El temor que nos despierta abandonar nuestras pertenencias en la costa nos puede impedir lanzarnos al mar, que es para lo que estamos hechos. Si el papa Francisco insiste una y otra vez en la necesidad de recuperar para la Iglesia una dinámica de “salida” es porque este movimiento nos resulta muy complicado. Por más que responda a nuestra esencia vocacional de cristianos y consagrados, vencer la inercia siempre implica un plus de energía que, en este caso, brota de la confianza. Solo cuando nos fiamos de la promesa de ese Dios empeñado en salirnos al encuentro en nuestra historia, podemos superar las fuerzas invisibles que nos mantienen estáticos y nos impiden movernos.



Esta clave nos permite ponernos en la piel de tantos parálíticos que entraron en relación con Jesús. Os propongo fijarnos en la escena que nos presenta el cuarto evangelio:

Había allí un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo. Jesús, viéndole tendido y sabiendo que llevaba ya mucho tiempo, le dice: “¿Quieres curarte?”. Le respondió el enfermo: “Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se agita el agua: y mientras yo voy, otro baja antes que yo”. Jesús le dice: “Levántate, toma tu camilla y anda”. Y al instante el hombre quedó curado, tomó su camilla y se puso a andar (Jn 5,5-9).

Cualquiera de nosotros hubiera pensado que el parálítico replicaría de modo firme, seguro y rápido a la pregunta de Jesús, pero no es así. La respuesta sobre su deseo de sanar es esquivada y poco obvia. No queda claro si de verdad quiere cambiar su situación y pareciera justificarse tras la necesidad de una ayuda que no tiene. Es muy probable que, después de tantos años postrado, una parte de él se resistiera a salir de esa situación por más indigna que resulte. Con todo, su vaga respuesta se convierte en el resquicio necesario para que el Señor se encuentre con él y su situación varíe. Se trata de una tímida apertura al cambio que permite un encuentro salvífico. La relación con Dios, si es encuentro de verdad, nos permiten alzarnos, cargar con nuestras heridas y avanzar erguidos, tal y como lo hizo este enfermo.

Puede ser una buena ocasión para mirar nuestra existencia desde este pasaje joánico y descubrir desde él ante qué piscinas estamos paralizados y qué parte de nosotros permanece reticente a que algo cambie. Quizá nos reconozcamos también esquivos a la hora de responder a una pregunta tan directa como la del Maestro: “¿Quieres curarte?”. No importa si nos descubrimos titubeantes. Basta esa poca confianza que nos permite abrirnos a que él transforme esas parálisis en movimiento y nos podamos levantar de la postración.

Los aviones vuelan porque se mueven. Al ser humano le sucede algo así y, por más que tendamos a la estabilidad, crecemos en la medida en que el encuentro con la realidad y con los otros nos hace cambiar, manteniendo ese necesario dinamismo de una vida peregrina. Es lo que sucedió con Jesús cuando se encontró con una sirofenicia. La convicción de que él era enviado en primer lugar a las “ovejas dispersas de Israel” (Mt 10,6) queda cuestionada por esta mujer, que le muestra una fe capaz de transformar la comprensión que tiene de su propia misión (cf. Mc 7,24-30).

Los encuentros que nos salvan nos van transformando por dentro, por más que el cambio no siempre se aprecie desde fuera ni resulte tan llamativo como el del parálítico. El ardor del corazón que, como a los discípulos de Emaús, nos hace cambiar la ruta y regresar a Jerusalén, a la comunidad y a los hermanos, no es algo que resulte evidente para quienes nos contemplan. Las transformaciones más relevantes no siempre se aprecian a simple vista.

## 5. En lo cotidiano

Nunca olvidaré las caras de asombro de unos chicos de Secundaria mientras unos jóvenes les compartían el testimonio de su conversión a la fe. Cuanto más radical era el cambio que habían experimentado, más admiración les generaba. Si la “caída del caballo” los había llevado de noches de excesos y desenfreno a una existencia serena y recatada, más atención se les prestaba. Supongo que estos alumnos solo hacían patente lo que a nosotros nos sucede con frecuencia. Nos atrae lo llamativo, lo que no es habitual y, si encima le ponemos alguna dosis de morbo, tenemos el cóctel perfecto para generar fascinación. Lo que sucede es que la mayoría de las veces la forma en que Dios actúa en nuestra existencia suele ser mucho más discreta y más cotidiana.

Nuestra propia experiencia suele delatar que el modo divino de actuar en nuestra historia suele ser más discreto del que nos gustaría. Frente a las transformaciones más escandalosas, lo habitual es que él se haga el encontradizo en nuestra historia, como lo hizo con aquellos de Emaús, y nos haga arder el corazón con sus palabras y sus gestos. Con todo, no somos tan distintos a esos jóvenes. Aunque sea de forma distinta, también nos cautiva lo extraordinario y llamativo. Lo que brilla y luce nos suele atraer más que lo que simplemente alumbraba, por más que esta sea la finalidad de toda luz.

En cambio, si volvemos la mirada a la Escritura, Dios tiende a salir al encuentro en lo cotidiano. Así lo expresa simbólicamente el libro del Éxodo:

YHWH iba al frente de ellos, de día en columna de nube para guiarlos por el camino, y de noche en columna de fuego para alumbrarlos, de modo que pudiesen marchar de día y de noche. No se apartó del pueblo ni la columna de nube por el día, ni la columna de fuego por la noche (Ex 13,21-22).

El peregrinar de Israel a través del desierto tiene un fuerte carácter simbólico. Toda nuestra existencia puede comprenderse desde una clave similar, pues peregrinamos en busca de la libertad, descubriendo quiénes somos y quién es el Dios que nos salva, en una senda que no siempre es sencilla y en la que nos amenaza la tentación. Es en esta ruta donde se nos regalan los encuentros, con todo su potencial salvífico. La forma en que el Éxodo expresa la constante presencia divina es a través de la nube y la columna de fuego. La suya es una compañía permanente que guía y alumbraba en la oscuridad. Pero, ¿acaso no nos sucede que lo que tenemos más cerca puede ser lo que nos resulte más difícil de ver?

Podemos estar en constante comunicación con personas queridas que se encuentran lejos, sin caer en la cuenta de la distancia afectiva que nos separa de aquellos con quienes compartimos el día a día. Del mismo modo, creer que el Señor nos acompaña en lo cotidiano, “todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28,20), no implica *per se* que seamos capaces de acoger esa presencia diaria, silenciosa y nada llamativa. Nos resulta más sencillo dejarnos encontrar por la realidad y los

demás en lo extraordinario, mas nuestro verdadero *kairós* o tiempo oportuno es lo ordinario.

La rutina tiene muy mala fama entre nosotros. Solemos hablar de ella de modo despectivo y nos proponemos salir de ella. La rutina, sin embargo, no implica necesariamente esa carga negativa de inconsciencia, actuar mecánico y falta de pasión que solemos atribuirle. Nuestro día a día está lleno de costumbres, de acciones que llevamos adelante cada jornada inevitablemente, y no por ello deja de ser un lugar propicio para encuentros salvíficos. Eso sí, requiere una mirada especial hacia lo diario. Esa misma mirada que tenía Jesús, capaz de rescatar pequeños gestos cotidianos y darles el profundo sentido que tienen.

La sensibilidad del Nazareno para dejarse encontrar por los demás y por realidad en el día a día se hace patente en los relatos evangélicos. En un Templo lleno de gente yendo y viniendo, es capaz de fijarse en una viuda anónima que, en una ofrenda minúscula, se está entregando toda ella en confianza plena al Padre (cf. Mc 12,41-44). Una actividad tan cotidiana como el amasar el pan le sirve para reconocer la capacidad de fermentar que tiene lo pequeño y cómo es capaz de transformar la realidad, aunque no se vea (cf. Mt 13,33).

La mirada de Jesús ve a las personas concretas, por más que se encuentren perdidas en la muchedumbre, de ahí su insistencia en saber quién le había tocado. Aunque a sus discípulos les pareciera un esfuerzo vano, quiere encontrarse cara a cara con esa mujer temblorosa que le había tocado el vestido (cf. Mc 5,25-34). El día a día se convierte en la ocasión para bendecir al Padre por su empeño en mostrar el Reino a los más pequeños y sencillos (cf. Lc 10,21-22).

Jesús supo dejarse encontrar por los otros, por el Padre y por la misma realidad en medio del fragor de lo cotidiano, ahí donde no hay focos ni efectos especiales. Es en lo ordinario donde también nosotros estamos llamados a dejarnos afectar por cuanto ocurre y por quienes nos rodean. El día a día es el lugar de los encuentros salvíficos, la mayoría de ellos discretos y desapercibidos, pero capaces de dar vida y ponernos en movimiento. ¿Qué valor real le damos nosotros a nuestras rutinas? ¿Qué encuentros cotidianos dejamos pasar por muy cerca que estén? Volvamos la mirada a nuestras costumbres, despojándolas de prejuicios, para descubrir en ellas un espacio privilegiado de relación.

## **6. Como le pasó a Zaqueo**

A lo largo de estas páginas hemos ido desgranando los elementos que, a la luz de la Escritura, parecen acompañar los encuentros que son capaces de sanar y salvar. Se trata, en realidad, de aquello que experimentó Zaqueo en propia carne:

Entró en Jericó y cruzaba la ciudad. Había un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de publicanos, y rico. Trataba de ver quién era Jesús, pero no podía a causa de la gente, porque era de pequeña estatura. Se adelantó corriendo y se subió a un sicómoro para verle, pues iba a pasar por allí. Y cuando Jesús llegó a aquel sitio, alzando la vista, le dijo: “Zaqueo, baja

pronto; porque conviene que hoy me quede yo en tu casa”. Se apresuró a bajar y le recibió con alegría. Al verlo, todos murmuraban diciendo: “Ha ido a hospedarse a casa de un hombre pecador”. Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: “Daré, Señor, la mitad de mis bienes a los pobres; y si en algo defraudé a alguien, le devolveré cuatro veces más”. Jesús le dijo: “Hoy ha llegado la salvación a esta casa, porque también este es hijo de Abrahán, pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido” (Lc 19,1-10).

Puede que se tratara solo de curiosidad, pero nadie puede negar que Zaqueo permanece atento y expectante al paso de ese Nazareno que genera tanto revuelo. Su deseo de verle le hace perder la compostura y subirse a un sicómoro a la espera de que pasara por la ciudad. El publicano no solo era de poca altura, sino que también era de baja talla humana. Es probable que el rechazo social que se trasluce en el relato no procediera solo de otros, sino que él mismo fuera muy consciente de su miseria. Pero ahí está, subido a un árbol esperando que pase ese profeta del que tanto hablan.

Para Jesús no es nuevo estar atento a lo que sucede alrededor, por más que el asombro del publicano quedara patente en su rostro cuando, alzando la mirada, le desconcertó con una osada auto-invitación: “Conviene que hoy me quede yo en tu casa”. El desconcierto no solo invadiría a Zaqueo, sino también a todos aquellos que eran testigos de la insólita escena y conocían la calaña de ese hombre pecador. Las palabras del Maestro ponen en movimiento al publicano que, lleno de alegría, deja que ese desconocido entre hasta las entretelas de su historia.

La casa es mucho más que un edificio en el que habitamos, pues es nuestro espacio de intimidad y nuestro lugar más personal. Permitir que Jesús entre ahí es abrazar el encuentro y dejarse afectar. Cuando esto sucede, es inevitable la transformación. Zaqueo la expresa en la decisión de restituir el daño hecho. El “hoy” en la boca del Nazareno, que antes indicaba cuándo iba a quedarse en su hogar, resuena de nuevo con fuerza al proclamar que la salvación ha llegado a la vida del publicano. El “hoy” cotidiano es el lugar donde el encuentro ha sido capaz de vivificar y llenar de salvación la existencia, la de Zaqueo y las nuestras propias.

## ¿SEGUIMIENTO O ‘CAMINAR CON’ JESUCRISTO?

Comenzábamos planteando que la historia de salvación podría ser comprendida, en realidad, como un camino plagado de encuentros. Desde esta misma clave, la invitación cristiana puede formularse con un verbo de movimiento diverso al que solemos emplear. Así lo reclamaba también Miqueas:

Se te ha hecho saber, hombre, lo que es bueno, lo que YHWH quiere de ti: tan solo respetar el derecho, amar la lealtad y caminar humildemente con tu Dios (Miq 6,8).

Quizá ese “seguir” a Jesucristo pueda entenderse también como una llamada a “caminar” con él en esta senda de encuentros constantes, que nos sanan y nos lanzan a repartir la salvación recibida. No olvidemos que, en un encuentro, las dos partes

quedan afectadas y vivificadas. Juntos, en comunidad, caminemos humildemente con Jesucristo al encuentro con todos.

IANIRE ANGULO ORDORIKA, ESSE  
*Facultad de Teología de Granada*  
*Granada (España)*







**Instituto de Espiritualidad e Historia**  
Curia General